

Millcayac, 2015.

El género en la relación entre clase social y estilo de vida: una mirada a través del tiempo libre.

Gómez Rojas, Gabriela y Riveiro, Manuel.

Cita:

Gómez Rojas, Gabriela y Riveiro, Manuel (2015). *El género en la relación entre clase social y estilo de vida: una mirada a través del tiempo libre*. Millcayac,.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/manuel.riveiro/7>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pbbK/Act>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El género en la relación entre clase social y estilo de vida: una mirada a través del tiempo libre¹

Resumen

Introducción

En América Latina, las últimas décadas han mostrado cambios esenciales en la realidad de las mujeres tales como su creciente incorporación al mercado de trabajo y su reconocimiento como sujetos de derechos. Sin embargo, ciertas limitaciones en el ejercicio de su ciudadanía traen como consecuencia dificultades para alcanzar la autonomía propia, mientras que el trabajo remunerado puede considerarse como un pre-requisito necesario pero no suficiente para su obtención (Rico y Marco Navarro, 2010). Al mismo tiempo, el aumento de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo remunerado no se ha traducido en un aumento de la participación de los varones en trabajo doméstico no remunerado en una magnitud similar (Carbonero Gaumundí, 2007; Gómez Rojas, 2013).

Consideramos necesario encuadrar el análisis de las desigualdades de género en los condicionantes estructurales y no estructurales en las que se desarrollan. En este sentido, el análisis de clase social brinda elementos valiosos para interpretarlas (Gómez Rojas, 2011). Una apuesta similar realizamos con la incorporación de los estilos de vida en la relación entre las desigualdades de género y el análisis de clases, la cual no ha sido abordada en profundidad en Argentina, pero sí en otros contextos (Gershuny, 1987; Bourdieu, 1999).

Frente a este entramado, nos surge el siguiente interrogante ¿cómo incide el género en la relación entre la clase social y las actividades de tiempo libre? Con esta pregunta nos orientamos explorar la relación observada entre clase social, género y estilos de vida, a través de la descripción de diferenciales en la realización de actividades de tiempo libre entre varones y mujeres de diferentes clases sociales.

En esta oportunidad, para responder al interrogante enunciado se analiza información secundaria, proveniente del relevamiento efectuado por el Centro de Opinión Pública (CEDOP) del Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG, UBA), correspondiente al año 2007. Dicho relevamiento aplica el módulo “Tiempo libre y deportes” del International

¹ Este artículo ha sido sustancialmente mejorado gracias a los comentarios y sugerencias tanto de forma como de contenido de los/as comentaristas.

Social Survey Programme (ISSP) y tópicos permanentes sobre estratificación y movilidad social.

En este artículo se presentan resultados preliminares del proyecto “Articulaciones entre clase, género, actividades domésticas y uso del tiempo libre” (UBACyT 20020110200210), con asiento en el IIGG (UBA).

Elementos conceptuales en torno al género, la clase social y el estilo de vida

Género

Definir al género y las relaciones de desigualdad que se construyen a su alrededor no resulta una tarea sencilla. Sin embargo, como señala Sabsay (2011, p. 42)

[q]uizás la productividad del concepto se sustente, justamente, no en una cerrada coherencia monolítica, sino al contrario, en su rica y contradictoria multiplicidad. Podría pensarse que si es que el concepto aún funciona, es gracias al hecho de los feminismos siguen discutiendo qué es el género.

La introducción conceptual sobre género propuesta por Mattio (2012) ofrece un buen camino para comprender el desarrollo del concepto de género. Nos interesa rescatar por un lado, el aporte De Beauvoir (1972), en torno a tres aspectos: 1) la denuncia a la determinación de la condición subordinada de las mujeres debido a un factor externo, 2) el cuestionamiento a la existencia de una esencia femenina y 3) el carácter relacional y jerárquico de las desigualdades entre géneros.

Por otro lado, Rubin (1986) revisa a Marx, Engels, Lévi-Strauss y Freud y define preliminarmente a las relaciones de género como “conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (1986, p. 97). Además Rubin incorpora a su definición la heterosexualidad obligatoria, reformulando al género como una identificación con un sexo que implica dirigir el deseo hacia el otro sexo.

Por último, nos interesa la propuesta de Scott (1993), de bastante difusión en la sociología (Ariza y de Oliveira, 1999). Para la autora, su definición de género

(...) tiene dos partes y varias subpartes. Están interrelacionadas pero deben ser analíticamente distintas. El núcleo de la definición reposa sobre una conexión integral entre dos proposiciones: el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder” (1993, pp. 34-35).

Dentro de las subpartes, menciona los símbolos culturales, los conceptos normativos, las instituciones y organizaciones sociales (tales como el parentesco, el mercado de trabajo, la educación, la política, etc.) y la identidad subjetiva. De esta forma, la noción de género como conexión entre las proposiciones señaladas tiene la ventaja de poder utilizarse como puente

entre las aquellas definiciones articuladas en la diferencia sexual (De Beauvoir y en parte Rubin)² y aquellas que no (Butler).

Valiéndonos de estas definiciones entenderemos para este trabajo a las desigualdades de género como aquellos diferenciales socialmente contruidos desde los cuales las mujeres satisfacen necesidades –también socialmente contruidas– a partir de una posición subordinada en relación a los hombres, en el marco de la heterosexualidad obligatoria.

A partir de esta definición, el cuidado se presenta como un concepto privilegiado para analizar las desigualdades de género.

Por su lado, Aguirre (2008: 24) define al cuidado como “una actividad generalmente femenina y no remunerada, sin reconocimiento ni valoración social”, que implica un vínculo entre el que brinda el cuidado y el que los recibe de tipo afectivo. Razavi (2007: 8) señala que la definición de cuidado es ambigua y que se extiende

desde un esfuerzo más pragmático y práctico de proveer cuidado físico, que puede en cierta medida ser independiente de la relación entre el cuidador y la persona cuidada, a un cuidado profundamente emotivo, en el que la persona que realiza el cuidado es inseparable del cuidado brindado (Kittay et al. 2005).

Esta autora y otras, como Esquivel, Faur y Jelín (2012), coinciden en que la categoría de cuidado tiene el potencial resumir la carga de trabajo doméstico no remunerado y trabajo de cuidado que soportan las mujeres y cuyo objetivo es garantizar la reproducción biológica, la reproducción cotidiana y la reproducción social.

En función de estas aproximaciones, podemos pensar al cuidado como un trabajo en el cual se despliega una fuerte desigualdad de género

(...) a pesar de la diversidad de ámbitos y modalidades de recompensa existe un patrón social claro, basado en la división sexual del trabajo: sea en el hogar o fuera de él, sea sin remuneración o con ella, se espera que sean las mujeres las que se dediquen y se responsabilicen por las tareas del cuidado” (Esquivel, Faur y Jelín, 2012: 20).

Frente a esta ubicación como proveedoras “naturales” de cuidado de las mujeres, Batthyány (2009: 1) destaca que sus responsabilidades familiares y de cuidado dependerán de la clase social a la que pertenecen, la edad, el estado civil o el lugar de residencia. En sintonía, desde la economía feminista, Esquivel (2009) analiza la participación y el tiempo dedicado en el trabajo doméstico no pago y el cuidado de dependientes con datos provenientes de la Encuesta de Uso del Tiempo (EUT) de la Ciudad de Buenos Aires, 2005 -relevada por la Dirección General de Estadística y Censos, primera de su tipo en el país. La autora analiza las variables anteriores no sólo en relación al género, sino también el tipo de hogar, el parentesco,

² En otro texto, Scott y otras autoras señalan que “los sistemas de género, sin importar su periodo histórico, son sistemas binarios que oponen el hombre a la mujer, lo masculino a lo femenino, y esto, por lo general, no en un plan de igualdad sino en un orden jerárquico” (Conway, Bourque, y Scott, 2000, p. 32).

la condición de actividad, la edad, el nivel educativo alcanzado y los quintiles de ingreso familiar per cápita. Concluye que

...hay una suerte de trasvasamiento del trabajo doméstico de los varones hacia las mujeres a medida que crece la complejidad y el tamaño de los hogares, y que recae fundamentalmente sobre las cónyuges, más allá de la inserción laboral de las mismas” y que “las mujeres y varones que más tiempo dedican el cuidado viven en hogares de menores ingresos (Esquivel, 2009: 90).

Clase social

Tal como lo remarca Crompton (1994:155-156), la clase social medida mediante la ocupación “sigue siendo útil como medida de desigualdad, así como de las ‘oportunidades de vida’”. Se espera entonces que la clase social siga estratificando a las personas y los hogares en torno a la obtención y utilización de recursos en el corto y largo plazo.

Bourdieu en su definición de clase social plantea que la misma

(...) no se define por una propiedad (aunque se trate de la más determinante como el volumen y la estructura de capital) ni por una suma de *propiedades* (propiedades de sexo, de edad, de origen social o étnico (...), de ingresos, de nivel de instrucción, etc.) ni mucho menos por una cadena de propiedades ordenadas a partir de una propiedad fundamental (la posición en las relaciones de producción) en una relación de causa a efecto, de condicionante a condicionado, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas (Bourdieu 1991: 104).

Sin embargo, coincidimos con Álvarez Sousa (1996: 151) en la opinión de que Bourdieu le da más peso a la categoría ocupacional y al tipo de ocupación (tal cual están definidos por los registros estadísticos franceses), convertidos los indicadores de clase social por excelencia.

Basándose en la situación de mercado y de trabajo, Goldthorpe propone una clasificación de clases sociales que diferencia entre relaciones de empleo (empleadores, trabajadores por cuenta propia y empleados) y, principalmente, distingue

(...) entre, por un lado, el ‘contrato de trabajo’, supuesto comúnmente para los casos de trabajadores manuales y no manuales de bajo grado, y, por otro lado, de la ‘relación de servicio’ expresada en el tipo de contrato común para los empleados profesionales y directivos de las burocracias organizativas, públicas y privadas”, encontrando una variedad de “formas mixtas”, “asociadas típicamente a posiciones intermedias entre las estructuras burocráticas y la fuerza de trabajo de base: por ejemplo, los agentes de ventas, los administrativos y los técnicos de grado inferior, por un lado, y el primer nivel de supervisores, por otro. (Goldthorpe, 2010: 365-366).

Este esquema termina generando tres grandes categorías: clase de servicios (incluye a los funcionarios, directivos, profesionales, patrones de grandes empresas, técnicos de alta calificación y supervisores de empleados no manuales), clase intermedia (empleados administrativos, pequeños propietarios y trabajadores autónomos calificados y semicalificados, técnicos de baja calificación y supervisores de trabajadores manuales) y clase

obrero (empleados semicalificados y no calificados de los servicios y trabajadores manuales calificados, semicalificados y no calificados).

Las relaciones entre clase social y género son fuente de un profundo debate, reseñado en Gómez Rojas (2009).

Estilo de vida

Hay un consenso generalizado en la literatura sobre la dificultad de definir a los estilos de vida (Veal, 2000). Fuera de la definición provista por Bourdieu³, encontramos definiciones acotadas, que se organizan en torno a regularidades en la distribución de la vida cotidiana. Gershuny (1987, p. 183) define al estilo de vida como “hábitos de adjudicación de tiempo a diversas actividades dentro de un período determinado en el seno de una familia”, mientras que Bögenhold (2001, p. 833) lo define como “patrón relativamente estable de organizar la vida cotidiana en el marco de una situación de vida dada, tomando en cuenta los recursos disponibles”.

Al mismo tiempo, Bögenhold (2001) señala que la investigación sobre los estilos de vida ha permanecido en los márgenes de los estudios de estratificación social.⁴ Si bien a nivel internacional se cuentan con excepciones (Gershuny, 1987; Bourdieu, 1999; van Eijck y Mommaas, 2004), esto es particularmente cierto a nivel local, donde el tema ha sido elaborado principalmente desde la sociología de la cultura (ver como ejemplo Modesto, Méndez, Radakovich y Wortman, 2011).

La relación entre clase social y estilos de vida se piensa de dos perspectivas en la literatura internacional. Por un lado, una perspectiva sostiene que en el proceso de globalización e individualización post-fordista, las sociedades presentan cambios acelerados que comienzan a erosionar viejos marcos de referencia clasistas respecto a prácticas sociales, (Bauman, 2007). Por otro lado, otra perspectiva sostiene que la clase social se relaciona, con mayor o menor fuerza con los estilos de vida (Bourdieu, 1999, van Eijck y Mommaas, 2004; Gerhards, Hans, and Mutz 2012).

³ Según Álvarez Sousa, (1996, pp. 152) Bourdieu construye los estilos de vida derivados del *habitus*, categoría entendida como “estructura *mental que está* estructurada por las condiciones de existencia, pero al mismo tiempo estructura los *esquemas mentales* de las personas”, dando origen a “unas *prácticas* y unas *obras* que son perfectamente enclasables y dan lugar a estilos de vida diferenciados en base a las prácticas como signos distintivos” (destacados en el original). El *habitus*, como estructura enclasada y enclasante (Bourdieu, 1999, pp. 169–170), también reflejan otras divisiones como las de género, clase social, etarias, étnicas.

⁴ Lo opuesto ha ocurrido en el estudio del tiempo libre: este campo ha estado dominado por la preocupación los condicionamientos de clase social (van Eijck y Mommaas, 2004, p. 373).

Consideramos que las actividades de tiempo libre pueden ser un camino interesante para pensar los estilos de vida. Comprendiendo al tiempo libre como aspecto integrante del estilo de vida, Gershuny (1987: 183) destaca su carácter complementario al trabajo remunerado y no remunerado, y considera a este último de importancia a la hora de pensar el uso del tiempo libre de las mujeres. Por su parte, Mattingly y Bianchi (2003) han descripto la relación entre las horas de trabajo, los roles familiares y el tiempo dedicado a diferentes tipos de actividades de tiempo libre. Esquivel (2009) describe la tasa de participación, el tiempo simple y con simultaneidad por participante en actividades de tiempo libre y aquellas relacionadas con la utilización de medios de comunicación⁵. De manera general, destaca una alta tasa de participación (cercana al 90%) y la presencia de la simultaneidad con que estas actividades se realizan con otras. Las mujeres dedican 3:13 horas de su día a actividades de tiempo libre (4:41 con simultaneidad) mientras que los varones 3:30 (y 4:55 con simultaneidad). En cuanto a las actividades relacionadas con la utilización de medios de comunicación, las mujeres dedican 2:45 horas en tiempo simple y 3:49 en simultaneidad, y los varones 2:58 y 4:02, respectivamente.

La conceptualización de las relaciones entre el género, la clase social y el estilo de vida es una tarea pendiente, particularmente en el contexto local. Tres consideraciones nos parecen pertinentes para encarar esta tarea. En primer lugar, mantener un análisis separado de estos conceptos permite ganar claridad analítica y a la hora de medirlos. Una reducción teórica puede resultar tentador, pero creemos que no ayuda a establecer diálogos entre diferentes tradiciones ni forjar conceptos sólidos. En segundo lugar, el estilo de vida mantiene un status conceptual subordinado a la clase social y al género.⁶ Los recursos provistos por la clase social y las desigualdades de género condicionan los estilos de vida posibles, y el tiempo libre, en nuestro análisis. En tercer lugar, sostenemos que la relación entre clase social y género debe ser vista como de colaboración más de que competencia, es decir, nos resulta más útil pensar y analizar el condicionamiento de un concepto por el otro, reconociendo a su vez, los alcances limitados del poder explicativo de ambos (“ningún concepto explica todo”).

Estrategia metodológica y de medición

⁵ Leer libros, diarios, escuchar música, mirar televisión, buscar información en Internet.

⁶ Para otra forma de pensar esta relación, ver Hakim (2002).

Los datos analizados provienen de la Encuesta sobre Estratificación y Movilidad Social y el módulo “Tiempo libre y deportes”, propuesto por el International Social Survey Programme para los 35 países miembros. Relevada por el CEDOP-UBA, en el 2007, a nivel nacional para personas de 18 años y más, la encuesta se aplica a una muestra probabilística, estratificada y multi-etápica con selección aleatoria en todas las etapas del muestreo.⁷ Se cuenta con 1657 casos, que fueron ponderados por sexo (varón-mujer), edad (18 a 29, 30 a 44; 45 a 59; 60 años y más) y tamaño de estrato poblacional (aglomerados de 500.000 habitantes o más y de menos de 500.000 habitantes). El redondeo de las frecuencias ponderadas puede hacer variar, por pocas unidades, los totales y subtotales analizados, no alterando, sin embargo, los resultados obtenidos de manera significativa. Dado el carácter exploratorio y preliminar del trabajo, nos centramos en un análisis estadístico descriptivo básico. Se marcan en gris las relaciones que han resultado no significativas con un nivel de confianza 95% en la prueba del χ^2 .

La definición del género, así como su medición, supone un desafío para las ciencias sociales en general y un diseño cuantitativo en particular (Harnois, 2013). Partimos de una definición basada en la clasificación por sexo (varón-mujer) de las y los encuestados. Estas categorías de sexo, como aclaran West and Zimmerman (1987), se encuentra en algún lugar entre un intento de medir aspectos biológicos y las relaciones de género en las que se insertan las y los encuestados. Consideramos que la incorporación de estas categorías de sexo es condición necesaria pero no suficiente para aproximarnos una concepción multidimensional del género. En ese sentido, nuestra medición se resiente por no contar con algún indicador de la identidad sexual de los y las encuestadas, dado el marco de heterosexualidad obligatoria en el que se ordenan los géneros.

Para enriquecer esta definición de género, se incorpora al cuidado como categoría de análisis. En cuanto a la medición del cuidado, al no contar con información necesaria para medir la oferta del mismo (quiénes cuidan en los hogares, cómo se divide el cuidado entre sus miembros, etc.)⁸ nos centramos en la demanda de cuidado (quiénes demandan ser cuidados). Para ello, utilizamos la Escala –o índice– de Madrid, que ha sido diseñada para medir la demanda de cuidado de los hogares.

...el índice de Madrid trata de calcular el impacto de la necesidad de cuidados. El índice de Madrid asume que los adultos de 18 a 64 años de edad que viven en el hogar requieren una unidad de cuidado por persona, en tanto que los niños de 0-4 años requieren dos unidades, los de 5-14 años requieren 1.5, los niños de 15-17

⁷ Con este diseño, se trabaja con un error muestral de 2,41% para un nivel de confianza del 95%.

⁸ De todas formas, ya hemos reseñado que el trabajo de cuidado es responsabilidad de las mujeres, tanto a nivel de los hogares como a nivel social.

requieren 1.2, las personas de edad 65-74 requieren 1.2, los de edad avanzada (75-84) requieren 1.7 y los ancianos de edad muy avanzada (los mayores de 85 años) requieren dos unidades per cápita.” (Durán 2005: 65)

En este trabajo, se opta ordenar de menor a mayor de acuerdo al puntaje obtenido por su hogar en la Escala de Madrid a las y los encuestados y dividir al conjunto de casos en tres grupos de igual cantidad de casos. De esta manera, se construye las categorías alto, medio y bajo de la variable nivel de demanda de cuidado del hogar.

En cuanto a la clase social, se trabaja con la información de la ocupación actual o última que tuvo el o la encuestada, su categoría ocupacional y el número de empleados supervisados (para los asalariados) y de empleados contratados (en el caso de los empleadores). El agrupamiento en las tres grandes clases mencionadas le confiere al esquema cierta ordinalidad, en materia de situación de mercado y de trabajo. Como todo esquema de medición tiene sus ventajas y sus desventajas, así como también más aspectos a detallar, pero ello excede el alcance de este artículo.⁹ Se excluyeron 194 casos por no tener información laboral.

Como se señaló con anterioridad, recurrimos a la estrategia de pensar los estilos de vida a través de actividades de tiempo libre. Nos interesa destacar que no es nuestra intención realizar un análisis desde la perspectiva de los presupuestos de tiempo o uso del tiempo, lo que implica poner en relación horas y minutos de cuidado no remunerado, de trabajo remunerado, de tiempo libre, etc., sino considerar la realización de actividades de tiempo libre y alguna consideración sobre su frecuencia. Las variables de actividades de tiempo libre analizadas fueron recodificadas para conseguir categorías “robustas”, logrando trabajar con frecuencias univariadas no menores al 5% y sin celdas con frecuencias esperadas menores a 5 casos en el caso de las frecuencias combinadas. Se agruparon las frecuencias de actividades de tiempo libre, a partir del siguiente sistema de categorías: Diariamente, Varias veces a la semana, Varias veces al mes, Varias veces al año o menos frecuentemente y Nunca. De manera similar, se agrupa la pregunta sobre cantidad de noches fuera del hogar por vacaciones o visitas sociales en el último año, cuyo sistema de categorías original consiste en: No estuve afuera, 1 a 5 noches, 6 a 10 noches, 11 a 20 noches, 21 a 30 noches, más de 30 noches.

En la medición de las actividades de tiempo libre y el género es donde nos parecen más obvias las limitaciones de un instrumento estructurado como ser el cuestionario y de la encuesta como técnica de construcción de datos. En este sentido, aproximaciones cualitativas o cuantitativas-cualitativas, más flexibles en su diseño y registro, permiten indagar sentidos y

⁹ Para analizar la validez del mismo se encuentran Evans and Mills (1998), Jorrat (2000) para la Argentina.

modalidades en la realización de actividades de tiempo libre.¹⁰ En cambio, una aproximación cuantitativa permite contar con una cantidad de casos suficientes para poder realizar un análisis de variables y de lo particular de los casos.

Análisis de resultados

En el cuadro 1, se observa la distribución de la clase social según género. Del subtotal que trabajó como mínimo un año, casi la mitad (46,2%) pertenece a la clase obrera, y alrededor de un cuarto a la clase intermedia (28,6%) y otro a la de servicios (25,2%). Se trata de una situación donde la clase privilegiada en los términos postulados por la teoría alcanza sólo a un cuarto de la población. Cuando se analiza esta distribución por géneros, se nota dos fenómenos complementarios. Por un lado, se notan diferencias en la distribución según clase social. Las mujeres se agrupan en mayor medida que los hombres en la clase obrera, 46,7% frente a 32,4%) de los hombres.¹¹ Un tercio de los varones encuestados (33,5%) se concentra en la clase intermedia (44,1%) pero apenas lo hace un cuarto (26,2%) de las mujeres.¹² En cuanto a la clase de servicios, se nota un leve aumento de la participación de las mujeres (27,1%) en relación a los varones (23,4%).¹³ Por otro lado, en relación al “no trabajo”, el mismo es claramente femenino: 18% de las mujeres declara nunca haber tenido por el plazo de un año un trabajo remunerado, frente al 4,8% de los varones. Más allá del efecto que la edad pueda tener en estos porcentajes, puede pensarse la persistencia de la carga del cuidado no remunerado como limitación para la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado.

Cuadro 1. Clase social según género (en %)

Clase social	Género		Total
	Varón	Mujer	

¹⁰ Para un análisis cuantitativo-cualitativo del uso del tiempo, ver Kirby y Prolongo (2013).

¹¹ En un análisis pormenorizado, entre las ocupaciones (medidas con la CIUO 88, a cuatro dígitos) se destacan para los varones de clase obrera conductores de taxis y camionetas, albañiles, peones de carga y operadores de máquinas herramientas. Para las mujeres obreras, la mitad corresponde a empleadas domésticas y niñeras. También son de peso personal de limpieza no doméstica y cajeras de comercio. Para ambos géneros, son relevantes a las ocupaciones de vendedor en comercios y conserje, maestranza.

¹² En cuanto a las ocupaciones que prevalecen en esta clase, para las mujeres encontramos a las administrativas, comerciantes por cuenta propia, vendedoras de quioscos y de puestos de mercado por cuenta propia y auxiliares de contabilidad. Entre los varones, se destacan los comerciantes cuenta propia, los trabajadores calificados de la construcción cuenta propia, empleados administrativos, policías y mecánicos por cuenta propia.

¹³ Las ocupaciones más numerosas para los varones de esta clase son supervisores de trabajadores no manuales, técnicos en programación informática, personal directo de la administración pública y médicos. Para las mujeres, las ocupaciones de la educación (docencia a nivel secundario y primario), administrativos, personal de enfermería y auxiliares contables.

de Servicios	23,4	27,1	25,2
Intermedia	33,5	23,3	28,6
Obrera	43,1	49,5	46,2
Subtotal	<i>(752)</i>	<i>(711)</i>	<i>(1463)</i>
Nunca trabajó	4,8	18,0	11,7
Total	<i>(790)</i>	<i>(867)</i>	<i>(1657)</i>

Fuente: CEDOP-UBA, 2007, elaboración propia.

En cuanto a la demanda de cuidado del hogar según clase social (cuadro 2), se nota que a “mayor” clase social, encontramos menor demanda de cuidado. Mientras que casi la mitad de las y los encuestados de la clase de servicios vive en hogares con un nivel de demanda bajo, esta situación sólo representa poco más que un cuarto de la clase obrera. Lo mismo puede verse, en sentido inverso, en el nivel de alta demanda de cuidado: mientras que casi un cuarto (24,4%) de la clase de servicios se ubica en ese nivel, más de un tercio (36,2%) de la clase obrera lo hace. Son más próximos los valores de la clase de servicios y la clase intermedia que los de ambas clases con respecto a la clase obrera. Entre los posibles motivos de estas diferencias se encuentran las diferentes estructuras demográficas de las clases sociales (Cerruti y Binstock 2009).

Cuadro 2. Nivel de demanda de cuidado del hogar según clase social (en %)

Nivel de demanda de cuidado del hogar	Clase social			Total
	de Servicios	Intermedia	Obrera	
Bajo	42,8	40,2	29,4	35,9
Medio	32,8	32,5	34,3	33,5
Alto	24,4	27,3	36,2	30,7
Total	<i>(369)</i>	<i>(518)</i>	<i>(576)</i>	<i>(1463)</i>

Fuente: CEDOP-UBA, 2007, elaboración propia.

Controlando la relación anterior por género (cuadro 3), se observa que la misma es reproducida por varones y mujeres sin grandes modificaciones. Esto es, la distribución del nivel de demanda de cuidado del hogar está más influido por la clase social que por el género. En este escenario, encontramos un matiz interesante: hay una leve tendencia a que las mujeres se encuentren en mayor medida que los varones en hogares con mayor nivel de demanda de

cuidado. En el nivel de demanda de cuidado alto, encontramos en la clase de servicios al 25,3% de las mujeres frente al 23,3% de los varones, y en la clase obrera al 38% de las mujeres frente al 34,4% de los varones. Contradice esta tendencia la clase intermedia. Los varones de clase intermedia poseen una distribución más próxima a la clase obrera, en relación al cuadro anterior. De esta forma, el 30,2% de varones de clase intermedia integra hogares con alto nivel de demanda de cuidado frente al 22,9% de mujeres de la misma clase para dicho nivel de demanda de cuidado.

Cuadro 3. Nivel de demanda de cuidado del hogar según clase social y género (en %)

Nivel de demanda de cuidado del hogar	Género					
	Varón			Mujer		
	Clase social			Clase social		
	de Servicios	Intermedia	Obrera	de Servicios	Intermedia	Obrera
Bajo	44,3	39,3	29,4	41,2	41,6	29,5
Medio	32,4	30,6	36,2	33,5	35,5	32,5
Alto	23,3	30,2	34,4	25,3	22,9	38,0
Total	(176)	(333)	(244)	(194)	(186)	(332)

Fuente: CEDOP-UBA, 2007, elaboración propia

En el cuadro 4, encontramos la distribución de frecuencias de una serie de actividades de tiempo libre. En sintonía con el interrogante que ordena este trabajo, estas frecuencias primero se relacionan con la clase social, luego a esta relación se le agrega el género y por último, a la relación entre clase social y género, se agrega el nivel de demanda de cuidado del hogar, agrupado en bajo/medio y alto con el fin de obtener frecuencias combinadas más robustas.

En el caso de mirar televisión, cabe observar que la mayoría de las relaciones establecidas no son estadísticamente significativas.¹⁴ Esto no quita una serie de observaciones de interés. Por un lado, a mayor clase social, menor consumo de televisión, y viceversa, lo que va en contra de lo que sucede con la mayoría de las otras actividades de tiempo libre. Controlando la relación por el nivel de demanda de cuidado del hogar, se observa que para los varones en hogares de bajo nivel de demanda de cuidado, aumenta el consumo. La gran mayoría (77%) de los obreros en este tipo de hogar mira TV todos los días, frente al casi la

¹⁴ Salvo mirar TV y clase social, y mirar TV y clase social para mujeres con alto nivel de demanda de cuidado.

mitad (55,4%) de los obreros en hogares de alto nivel de demanda de cuidado. En los varones de estos últimos hogares, la clase intermedia actúa de la misma manera que la clase obrera, ambos grupos consumiendo algo más TV que los varones de la clase de servicios. En las mujeres, cuando se controla por el nivel de demanda de cuidado del hogar, se observa un aumento en las mujeres de clase de servicio cuando no hay un nivel de demanda alto, mientras que para las mujeres de clase intermedia y obrera no se presentan cambios relevantes.

En cuanto a juntarse con amigos, en líneas generales, la clase de servicios no ve afectada su realización por el género o el nivel de demanda de cuidado. La categoría nunca se junta con amigos no alcanza en ningún momento el 10% y oscila entre el 4,9% y 9,1%. En cambio, en las mujeres obreras este porcentaje alcanza al 32,9%. Controlando por demanda de cuidado, un alto nivel de la misma influye negativamente en los varones obreros, aumentando al 27,7% los casos que nunca se juntan con sus amigos (frente a 13,7% en nivel bajo/medio). En las mujeres, introducir la demanda de cuidado afecta sensiblemente a las de clase intermedia: en hogares con alta demanda de cuidado, el 36,8% nunca se juntan con amigos, el doble que aquellas que viven en hogares de demanda de cuidado no alta (18,1%). En cambio, para mujeres de clase obrera, en hogares con alta demanda de cuidado disminuye el porcentaje no realización de la actividad, frente a las obreras de hogares de demanda no alta (29,1% y 35,2% respectivamente).

Con respecto a la realización de actividad física, alrededor de un cuarto de la clase de servicios nunca realiza actividad física (25,7%) mientras que nunca realiza actividad física casi la mitad de la clase obrera (49,3%).¹⁵ Esta diferencia se amplía para las mujeres, pasando al 26,4% y al 57,5% para las clases mencionadas respectivamente. La incorporación del nivel de demanda de cuidado, aumenta la no realización para varones y mujeres de clase intermedia y obrera. Esto se da especialmente para las mujeres de clase intermedia: nunca realizar actividad física pasa del 39,4% en hogares con demanda no alta de cuidado al 63,2% en hogares con demanda alta de cuidado.

En relación a la lectura de libros, a mayor clase, mayor frecuencia de lectura, y a menor clase, mayor no lectura. Este comportamiento se ve afectado por el género: las mujeres leen más que los hombres, manteniendo la relación original. En cuanto al cuidado, en los varones se acentúa la relación entre clase y lectura en los hogares con un nivel alto de demanda de cuidado, particularmente para los obreros y los hombres de la clase de servicio. En cuanto a

¹⁵ Se ha observado en otros trabajos la importancia de la edad en la realización de actividades físicas.

las mujeres, la demanda de cuidado actúa de igual manera, especialmente para las mujeres de la clase de servicios, pero no así para las obreras.

El consumo de Internet se diferencia entre la clase de servicios y el resto de las clases¹⁶: el 43,6% de la clase de servicios pasa tiempo en Internet todas las semanas, pero lo hacen sólo alrededor del 15,8% de la clase intermedia y el 11,8% de la clase obrera. Para los varones se mantiene la relación pero aumenta la realización de la actividad (particularmente para los de clase de servicio), mientras que baja el consumo de Internet para las mujeres de la clase de servicios y la clase obrera, generando una distribución de a menor clase, menos tiempo pasa en Internet. El 82,7% de las obreras declara nunca pasar tiempo en Internet. Con respecto al nivel de demanda de cuidado del hogar, esta reduce la actividad para los varones obreros que integran hogares con alta demanda de cuidado frente aquellos que integran hogares con menor demanda de cuidado. De manera semejante a otras actividades de tiempo libre mencionadas, las mujeres de clase intermedia resienten su participación al introducir la demanda de cuidado. En este caso, en hogares con demanda alta frente a otros con alta, para las mujeres de clase intermedia el nunca pasar tiempo en Internet sube del 70,9% en hogares con bajo o medio demanda de cuidado al 86,8% para aquellas mujeres de clase intermedia en hogares con alta demanda de cuidado.

En cuanto a la concurrencia al cine, aquí la clase social también marca la actividad. Mientras que casi un cuarto (23%) de la clase de servicios va al cine todos los meses y alrededor de un tercio (34,1%) nunca lo hace, 7,4% de la clase obrera va al cine todos los meses y el 75% nunca va. Otra vez, a mayor clase, mayor actividad. No se encuentran diferencias importantes al incorporar el género a la relación mencionada, salvo en el caso de las obreras, que superan a los obreros en la no asistencia (78,7% frente al 71% en nunca va al cine). Al sumar la demanda de cuidado, en los varones se profundiza la relación establecida por la clase social, aumentando la no concurrencia en hogares con alta demanda de cuidado. En las mujeres, esto se da con menos fuerza, salvo en las mujeres de la clase de servicio.

Por último, en cuanto a la cantidad de noches fuera del hogar por vacaciones o visitas sociales en el último año, se observa que mientras un cuarto (24,2%) de la clase de servicios no estuvo afuera, este porcentaje asciende a casi la mitad de la clase intermedia (46,6%) y a algo más de la mitad de la clase obrera (56%). En los varones, la clase obrera se asimila a la clase intermedia, mientras que para las mujeres se polariza algo más esta relación de “a mayor clase, más noches afuera”, afectando en particular a las obreras, de las cuales casi dos terceras

¹⁶ Aquí también la edad, así como el nivel educativo, tienen un peso significativo.

partes (62,8%) no paso ninguna noche fuera de su hogar en el último año. En cuanto al cuidado, la demanda alta de cuidado del hogar reduce, frente al nivel no alto, en los varones de clase de servicios reduce del 21,8% al 10,3% pasar 21 o más noches fuera del hogar y para los varones de la clase obrera aumenta el no estar fuera del hogar del 46,7% al 52,7%. En relación al cuidado, para las mujeres, a mayor nivel de demanda de cuidado, menores noches afuera, particularmente para aquellas de la clase intermedia y la de servicios.

Cuadro 4. Frecuencias de realización de actividades de tiempo libre por clase social, clase social y género, clase social, género y nivel de demanda de cuidado del hogar (%)

Frecuencia de realización de actividades de tiempo libre	Género																				
	Género									Género											
										Varón						Mujer					
										Nivel de demanda de cuidado del hogar						Nivel de demanda de cuidado del hogar					
	Clase social			Clase social			Clase social			Bajo-Medio			Alto			Bajo-Medio			Alto		
	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO
Mira TV todos los días	60,8	67,5	71,2	62,5	65,2	69,4	59,1	71,1	72,7	61,5	68,9	77,0	65,9	55,8	55,4	64,6	73,2	72,0	44,0	63,2	73,9
Mira TV todas las semanas	23,5	23,0	20,7	23,9	24,9	22,8	23,3	19,9	18,8	26,7	22,6	18,3	14,6	29,9	31,3	21,5	17,3	18,3	28,0	28,9	19,4
Mira TV todos los meses o menos	15,7	9,6	8,1	13,6	9,9	7,7	17,6	9,0	8,5	11,9	8,5	4,7	19,5	14,3	13,4	13,9	9,4	9,6	28,0	7,9	6,7
Se junta con amigos todas las semanas	35,0	28,9	34,4	38,1	31,7	42,6	32,1	24,8	26,9	39,6	31,8	48,1	34,1	31,6	32,1	31,5	25,2	26,9	34,7	23,7	26,9
Se junta con amigos todos los meses	57,5	54,5	39,6	55,7	56,0	38,9	59,1	52,7	40,2	54,5	55,7	38,2	61,0	56,6	40,2	59,4	56,7	37,9	59,2	39,5	44,0
Nunca se junta con amigos	7,6	16,5	26,0	6,3	12,3	18,5	8,8	22,4	32,9	6,0	12,5	13,7	4,9	11,8	27,7	9,1	18,1	35,2	6,1	36,8	29,1
Realiza actividades físicas todas las semanas	43,2	35,6	30,3	42,0	34,4	32,4	44,6	37,3	28,4	44,4	37,3	34,4	35,0	27,6	28,8	47,2	42,5	27,9	36,7	21,1	29,3
Realiza actividades físicas todos los meses	31,1	21,1	20,4	33,5	23,3	27,2	29,0	17,5	14,2	31,1	22,0	25,9	40,0	26,3	28,8	27,1	18,1	16,0	34,7	15,8	11,3
Nunca realiza actividades físicas	25,7	43,3	49,3	24,4	42,3	40,4	26,4	45,2	57,4	24,4	40,7	39,6	25,0	46,1	42,3	25,7	39,4	56,2	28,6	63,2	59,4
Lee libros todas las semanas	50,8	30,4	22,5	46,0	23,4	21,9	55,4	41,0	23,2	45,6	26,6	25,9	47,5	17,1	14,3	62,1	43,0	25,6	34,7	34,2	19,5
Lee libros todos los meses	37,6	37,1	31,5	42,0	40,1	26,2	33,7	32,5	36,3	45,6	38,4	26,9	30,0	43,4	25,0	29,0	32,0	33,3	46,9	34,2	41,4
Nunca lee libros	11,6	32,5	46,0	11,9	36,5	51,9	10,9	26,5	40,5	8,8	35,0	47,2	22,5	39,5	60,7	9,0	25,0	41,1	18,4	31,6	39,1
Pasa tiempo en Internet todas las semanas	43,6	15,8	11,8	55,1	12,7	15,1	33,0	20,0	8,8	55,6	14,2	18,3	53,7	9,3	8,9	33,1	22,8	10,5	32,7	10,5	6,0
Pasa tiempo en Internet todos los meses	18,2	9,8	10,4	14,8	12,3	12,3	21,1	5,5	8,5	14,1	11,4	12,2	17,1	14,7	12,5	21,4	6,3	5,9	20,4	2,6	12,8
Nunca pasa tiempo en Internet	38,2	74,5	77,8	30,1	75,0	72,5	45,9	74,5	82,7	30,4	74,4	69,5	29,3	76,0	78,6	45,5	70,9	83,6	46,9	86,8	81,2
Va al cine todos los meses	23,0	9,1	7,4	25,6	9,1	10,2	20,7	9,0	4,8	26,7	10,2	10,8	22,0	7,9	9,0	23,6	10,2	4,1	12,0	5,3	6,0
Va al cine varias veces al año	43,0	27,8	17,6	43,2	25,8	18,8	43,0	30,7	16,5	45,2	28,8	21,1	36,6	18,4	14,4	41,7	30,5	18,3	48,0	31,6	13,4
Nunca va al cine	34,1	63,2	75,0	31,3	65,1	71,0	36,3	60,2	78,7	28,1	61,0	68,1	41,5	73,7	76,6	34,7	59,4	77,5	40,0	63,2	80,6
Total	(369)	(418)	(676)	(176)	(252)	(324)	(193)	(166)	(352)	(135)	(176)	(212)	(41)	(76)	(111)	(145)	(128)	(219)	(49)	(38)	(134)

Fuente: CEDOP-UBA, 2007, elaboración propia. Nota: la suma de porcentajes puede no dar 100,0% debido al redondeo de los valores ponderados. Se marcan en gris las relaciones que han resultado no significativas con un nivel de confianza 95% en la prueba del χ^2 .

Cuadro 5. Cantidad de noches fuera del hogar por vacaciones o visitas sociales en el último año por clase social, género, nivel de demanda de cuidado del hogar y nivel de demanda de cuidado del hogar (%)

Cantidad de noches fuera del hogar por vacaciones o visitas sociales en el último año	Género																	
	Varón									Mujer								
	Clase social			Clase social			Clase social			Clase social			Clase social			Clase social		
	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO
	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO	CS	CI	CO
21 o más noches	20,3	12,6	8,8	19,4	10,4	9,9	21,5	15,9	7,7	21,8	10,3	9,4	10,3	10,5	10,0	21,0	17,5	6,9
Hasta 20 noches	55,5	40,8	35,2	57,1	41,0	41,5	53,9	40,2	29,5	55,6	41,1	43,9	64,1	40,8	37,3	56,6	43,7	31,3
No estuve afuera	24,2	46,6	56,0	23,4	48,6	48,6	24,6	43,9	62,8	22,6	48,6	46,7	25,6	48,7	52,7	22,4	38,9	61,8
Total	(364)	(414)	(673)	(175)	(251)	(323)	(191)	(164)	(349)	(133)	(175)	(212)	(39)	(76)	(110)	(143)	(126)	(217)

Fuente: CEDOP-UBA, 2007, elaboración propia. Nota: la suma de porcentajes puede no dar 100,0% debido al redondeo de los valores ponderados. La diferencia de los totales del cuadro 5 y 6 se debe a la exclusión de la categoría NS/NC del cuadro 6.

Reflexiones finales

En este trabajo se intenta pensar la relación entre la clase social, el género y el tiempo libre, en vistas de aproximar el estudio de los estilos de vida al análisis de clase. Se puede observar a lo largo del trabajo que la clase social incide en las diferentes actividades de tiempo libre, particularmente en pasar 21 o más noches fuera del hogar por vacaciones o visitas sociales, o un consumo muy elevado de Internet o cine.

Nos parece importante señalar que esta primera aproximación al estudio del tiempo libre –como forma de aproximarse a los estilos de vida– requiere profundizar mejorando la medición multidimensional tanto del estilo de vida (incorporando otras dimensiones como la salud, gustos y hobbies) como del género (incorporando fundamentalmente la identidad sexual, pero también la composición del hogar y la división la división de las tareas domésticas y de cuidado de los hogares).

De todas formas, podemos señalar algunas conclusiones tentativas.

La incorporación de la noción de cuidado hace a la intención de profundizar una mirada desde las desigualdades de género, que exceda las categorías de sexo. El género no tiene la misma fuerza que la clase social a la hora de dividir las actividades de tiempo libre, pero sí condiciona su intensidad y configuración.

El aumento de la demanda de cuidado influye a la baja en el tiempo libre para las mujeres. En este sentido, si bien no podemos medir con estos datos la oferta efectiva de cuidado, la literatura citada y los datos aquí producidos dan cuenta de que esa oferta surge de las mujeres. Podemos pensar en relación al tiempo libre (como parte del estilo de vida) una situación particular según clase social.

Las mujeres de la clase intermedia y de la clase obrera aparecen varias veces sufriendo en su tiempo libre el incremento en la demanda de cuidado. Pero es en la mujer de clase intermedia, con una mayor participación en actividades de tiempo libre donde dicho impacto aparece como relativamente mayor. De manera diferente, quizás las mujeres de la clase de servicio puedan sobrellevar esta situación mercantilizando el cuidado, accediendo a servicios públicos o delegando en otros familiares, sin perder tiempo libre. Su pertenencia de clase le puede permitir movilizar recursos para enfrentar la mayor demanda de cuidado.

Una mención adicional merecen las mujeres de clase obrera, son las que menos realizan actividades de tiempo libre comparadas con las mujeres de otros sectores de clase. En este sentido, la incidencia de la demanda de cuidado se presenta en menor medida, si bien integran los hogares que por su composición tiene mayor demanda.

En cambio, la pérdida de frecuencia en actividades de tiempo libre en los varones obreros, en caso de los hogares con alta demanda de cuidado pueda deberse bien al ciclo vital (obreros de edad avanzada) o que la presión de la demanda obliga, si bien no a tomar en sus manos tareas de cuidado, sí a mayor tiempo dedicado al trabajo remunerado, de acuerdo al modelo del varón proveedor.

En oportunidades anteriores (Gómez Rojas, 2009: 174-175) se ha retomado la caracterización que hacía Wright (1997) sobre el carácter no sistemático de la investigación teórico-empírica entre el análisis de clase y diversas dimensiones del género, como el estudio del trabajo doméstico. Este trabajo procura comenzar a explorar dichas articulaciones, partiendo de un fuerte anclaje en el análisis de clase y buscando incorporar, con cada vez mayor solidez, elementos propios de los estudios de género.

Bibliografía

- Aguirre, Rosario (2008). “El futuro del cuidado” En Arriagada, Irma (ed.). *Futuro de las familias y desafíos para las políticas*. Santiago de Chile: CEPAL, SIDA, UNIFEM, UNFPA.
- Alvarez Sousa, Antón (1996). El constructivismo estructuralista. La teoría de las clases sociales de Pierre Bourdieu. *Revista española de investigaciones sociológicas*, (75), 145–172.
- Ariza, Marina, y de Oliveira, Orlandina (1999). Inequidades de género y clase: algunas consideraciones analíticas. *Nueva Sociedad*, (164), 70–81.
- Batthyány, Karina (2009). Género, cuidados familiares y uso del tiempo. *Uruguay desde la sociología VII*. Montevideo: DS-FCS-UdelaR.
- Bauman, Zygmunt. (2007). *Consuming Life*. Cambridge: Polity.
- Bögenhold, Dieter. (2001). Social Inequality and the Sociology of Life Style. Material and Cultural Aspects of Social Stratification. *American Journal of Economics and Sociology*, 60 (4), 829–847.
- Bourdieu, Pierre (1999). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Carbonero Gamundí, María Antònia (2007). “Intersecciones de género, clase y poder: políticas y prácticas de cuidado en la Unión Europea”, en Carbonero Gamundí, María Antònia y Levín, Silvia (comp.s). *Entre familia y trabajo. Relaciones, conflictos y políticas de género en Europa y América Latina*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones

- Cerruti, Marcela y Binstock, Georgina (2009). *Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública*. 147. Políticas Sociales. Santiago de Chile: CEPAL - UNFPA.
- Conway, Jill, Bourque, Susan, y Scott, Joan (2000). El concepto de género. En Lamas, Marta, *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. Ciudad de México: PUEG.
- Crompton, Rosemary (1994). *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*. Madrid: Tecnos.
- De Beauvoir, Simone (1972). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Durán, María de los Ángeles (2005) El futuro del trabajo en Europa: el cuidado de las personas dependientes. En Mora, Luis, Moreno Ruiz, María José y Roher, Tania (Ed.s). *Cohesión social, políticas conciliatorias y presupuesto público. Una mirada desde el género*. Ciudad de México: UNFPA - GTZ.
- Esquivel, Valeria (2009). *Uso del tiempo en la Ciudad de Buenos Aires*. Los Polvorines, Buenos Aires: UNGS.
- Esquivel, Valeria, Faur, Leonor, y Jelín, Elizabeth (Ed.s) (2012). *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el Estado y el mercado*. Buenos Aires, Argentina: IDES.
- Evans, Geoff y Mills, Collin (1998). Assessing the Cross-Sex Validity of the Goldthorpe Class Scheme Using Log-Linear Models with Latent Variables. *Quality & Quantity* 32: 275–296.
- Gerhards, Jürgen, Hans, Silke, y Mutz, Michael. (2012). Social Class and Highbrow Lifestyle - A Crossnational Analysis (No. 24). *BSSE Working Paper*. Berlin: Freie Universität Berlin.
- Gershuny, Jonathan (1987). Estilo de vida, estructura económica y uso del tiempo. *Revista española de investigaciones sociológicas*, (38), 163–191.
- Goldthorpe, John (2010). *De la sociología. Números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Boletín Oficial del Estado.
- Gómez Rojas, Gabriela (2009). *Estratificación social, hogares y género: incorporando a las mujeres* (Tesis de Doctor en Ciencias Sociales). Buenos Aires: UBA.
- Gómez Rojas, Gabriela (2011). Las mujeres y el análisis de clase en la Argentina: una aproximación a su abordaje. *Laboratorio* (24), 199-222.
- Gómez Rojas, Gabriela (2013). “Clase social, género y división de trabajo doméstico”, en Nievas, Flabián (comp.) *Mosaicos de sentidos: vida cotidiana, conflicto y estructura*

- social*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora, Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos.
- Hakim, Catherine. (2002). Lifestyle Preferences as Determinants of Women's Differentiated Labor Market Careers. *Work and Occupations*, 29 (4), 428-459.
- Harnois, Catherine. (2013). *Feminist Measures in Survey Research*. Thousand Oaks, California: SAGE.
- Jorrat, Jorge (2000). *Estratificación social y movilidad. Un estudio del Área Metropolitana de Buenos Aires*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Kirby, Ana y Prolongo, Silvia (2013). Problemáticas sociales de mujeres de una zona semi-rural, departamento 9 de julio-provincia San Juan. *Dos puntas*, 5, (7), 131:147.
- Mattingly, Marybeth y Bianchi, Suzanne. (2003). Gender Differences in the Quantity and Quality of Free Time: The U.S. Experience. *Social Forces*, 81 (3), 999-1030.
- Mattio, Eduardo. (2012). ¿De qué hablamos cuando hablamos de género? Una introducción conceptual. En Morán Faúndes, J. M., Sgró Ruata, M. C. y Vaggione, J. M. (ed.s). *Sexualidades, desigualdades y derechos. Reflexiones en torno a los derechos sexuales y reproductivos*. Córdoba Capital: Ciencia, Derecho y Sociedad, UNC.
- Modesto, Gayo, Méndez, María Luisa, Radakovich, Rosario, y Wortman, Ana (2011). *Consumo cultural y desigualdad de clase, género y edad: un estudio comparado en Argentina, Chile y Uruguay* (No. 62). Avances de investigación. Madrid: Fundación Carolina.
- Rico, María y Marco Navarro, Flavia. (2010). “Autonomía económica y derechos del trabajo: implicancias para el diseño y análisis de indicadores de género” en Abramovich, Víctor y Pautassi, Laura (comp.s). *La medición de derechos en las políticas sociales*. Buenos Aires: Editores del Puerto.
- Rubin, Gayle (1986). El tráfico de mujeres: Notas sobre la “economía política” del sexo. *Nueva Antropología*, 8 (30), 95–145.
- Sabsay, Leticia (2011). *Fronteras sexuales: espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.
- Scott, Joan (1993). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Cangiano, María Cecilia y DuBois, Lindsay. (Eds.), *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- van Eijck, Koen, y Mommaas, Hans. (2004). Leisure, Lifestyle, and the New Middle Class. *Leisure Sciences*, (26), 373–392.

- Veal, A.J. (2000) *Leisure and Lifestyle. A Review and Annotated Bibliography*. Sydney: School of Leisure, Sport & Tourism, University of Technology Sydney.
- West, Candace y Zimmerman, Don (1987). Doing Gender. *Gender & Society* 1(2): 125–151.
- Wright, Erik (1997). *Class Counts. Comparative Studies in Class Analysis. Studies in Marxism and Social Theory*. Cambridge: Maison des Sciences de l'Homme y Cambridge University Press.